CAPITULO XXVII.

CONTINUA EL ANTERIOR.

ATRAS, séres menguados, hombres sin pudor, que os atreveis á tocar con vuestra lengua emponzoñada la aureola sin mancilla de Hidalgo! Atrás, que sois abominables, los que lo llamais aventurero, los que decís que no tuvo miras políticas ni de independencia, porque proclamaba á Fernando VII y á la virgen de Guadalupe! Atrás, que no sois capaces de comprender el pensamiento profundo de aquella vasta inteligencia, que sin chocar con las preocupaciones de las masas que lo seguían, marchaba con paso firme á su magnífica misión, simbolizada en el grito de "mueran los gachupines."

En efecto, Morelos recibe instrucciones de Hidalgo y lo sigue en el campo del honor, con una inteligencia y fecundidad de acción tal, que siempre será la admiración de las generaciones, hasta formar el Congreso de Chilpancingo, que á la faz del mundo proclamó la Independencia de México, de la metrópoli española. ¡Gloria al Congreso de Chilpancingo! ¡Gloria al que lo presidió, C. Andrés Quintana Roo, paisano nuestro!

La guerra comenzada en 1810, se concluyó en 27 de Setiembre de 1821, consumándose la Independencia con la entrada del Ejército trigarante en México.

Terminada la guerra en los campos de batalla, era

necesario constituir el país, fijar la política que se había de seguir, edificar los cimientos de la administración, encaminar á la sociedad en su nueva existencia, en su nuevo ser libre; y de allí data la contienda civil, el desbordamiento de las ideas, el choque de las pasiones, de los intereses, de las costumbres, de las leyes y la lucha social, por fin.

Yo no vengo á contar las banderas que la rebelión armada desplegó en su paso, ni el número de acciones de guerra que se han empeñado en el país; eso sería nunca acabar. Todo eso ha pasado y lo ha cubierto el tiempo con sus negras alas. Pero es necesario hacer comprender, porque es la verdad, que en esta lucha la Nación no ha hecho más que cumplir con la ley inmutable de la naturaleza, porque con ella ha demostrado que tiene la vida suficiente para vencer las preocupaciones adquiridas en tres siglos, la vida suficiente para comunicársela al cadáver de la nueva España, aquel cuerpo que los españoles conservaron en una tumba, soportando el enorme peso del cetro feudal.

Estamos en la primera celebración de cumpleaños de la independencia nacional, después de su segunda época, y por lo mismo hay mucho que decir, hay que rectificar los hechos que se adulteraron por los apóstoles de la opresión, para afianzar su reinado, como si la mentira pudiese durar alguna vez. Sabemos que si el sol se oculta, su ocultación es momentánea; para aparecer con más brillo: así es la verdad.

Las armas que más blandían, la prensa y la administración llamada imperial, eran dos. El desprestigio de

los republicanos, declarándolos impotentes para triunfar sin el auxilio de los norte-americanos, y la inevitable anexión de México á los Estados Unidos, trayendo como la prueba toral de este segundo extremo, la guerra que nos hizo la república vecina.

Estas dos calumnias han quedado destruidas de un modo portentoso, y los hechos han salido garantes del partido republicano; tal que no hay para qué señalarlos. Están vivos, frescos y profundamente grabados en la memoria del mundo.

Sin embargo, para ser más explícitos, recordamos la respuesta que se dió á la intercesión de los Estados Unidos por la vida del difunto Maximiliano, recordamos el testimonio de la prensa americana que multitud de veces ha gritado, repitiendo que á México no se le ha dado auxilio para derrocar al Imperio; pero sobre todo hacemos presente que, si se luchaba con el extranjero, porque no se quería el yugo extranjero, ¿había de ocurrirse á otro extranjero para obtener la salvación? Afortunadamente, lo que más ha brillado en la conducta republicana, ha sido la inexorable precisión lógica en su teoría y en sus hechos. No es como la de los antiguos conservadores, que son los sempiternos clarines contra la guerra norte americana, cuando la parte vergonzosa, la porción inmunda de esa guerra, fué obra exclusiva de ellos, siendo así que á su desvergüenza y modo mezquino de obrar se debe atribuir el que los americanos hayan profanado, con la presencia de su ejército, la Capital de la República. Esto se hace evidente, si se tiene á la vista el que cuando el Gobierno Supremo, que era liberal, se preparaba á atacar al enemigo que se dirigía por el Estado de Veracruz, de los conventos de los frailes sale la bandera de insurrección y el dinero con que compran al Jefe del ejército de operaciones de la frontera del Norte, cuya conducta imprudente fué el golpe mortal para el Gobierno que depone el mando, y la Nación se ve obligada á aceptar los inicuos tratados ratificados por el Presidente Peña, Jefe entonces de las filas conservadoras.

También es necesario advertir, en honor á la verdad, que el partido progresista de los Estados Unidos, generoso y leal, se opuso á que se nos hiciera la guerra. Luégo no la Nación, sino el partido conservador de los Estados Unidos, aquel partido del Sur que después se llamó el partido de la esclavitud, hermano legítimo del partido conservador de México, fué el que nos mandó sus bayonetas y sus cañones. La prueba de este acerto, la tenemos en el discurso del célebre Lincoln, aquel hombre inmortal que se hizo el azote de la esclavitud y lumbrera de las filas progresistas; aquel genio hizo atronar las Cámaras de Washington, desplegando las galas de su voz elocuente, para impedir que se trajera la guerra á México.

He aquí como queda desvanecida la tempestad con que siempre nos han querido espantar, de que México irremisiblemente ha de ser anexionado á los Estados Unidos.

Es imposible cualquier otra intervención extranjera en el país, porque ya no hay partido conservador que vaya por ella.

El partido nacional, que es el republicano, ha vencido y puede hacer la felicidad de la patria, sin el látigo de un amo que la trate, como se trata á las bestias.

Mas antes de concluir, y al fin de las sangrientas luchas, veo lucir, radiante de hermosura, la estrella de la salud nacional, veo flamear en los aires el lábaro santo de las leyes de reforma.—Y la sangre corre á torrentes.—La retrogracia rabiosa como una pantera, levanta sus tremendas garras y despedaza cuanto puede alcanzar, hasta que en su delirio de furor, destilando sangre por la boca y las garras, pero vencida, recurrió, ¿á qué ciudadanos?..... Horror con ese nombre, maldito sea..... á la traición.

Y la traición y el extranjero nos quisieron dominar. Mentira! no nos conocían, pensaban que aún éramos los siervos de los españoles.

Y la traición y el extranjero quisieron seducirnos proclamando las leyes de reforma: mentira!

Y la traición y el extranjero quisieron trocarnos la mentira en verdad, diciendo que no nos quitaban la independencia, porque blasfemaban invocando los nombres de los padres de la patria: mentira y mil veces mentira!

Sobre la tumba de Hidalgo apareció la luz de su genio, que guió á Juárez en el desierto, y Juárez tuvo valor y firmeza, y venció; inaugurando con su triunfo una época de juicio, de cordura y de energía en el ser político y moral de la Nación.

Las virtudes cívicas son los preciosos frutos que producen los sacrificios de los pueblos; y ellas son las

diosas que cierran las puertas del templo de Marte y abren las del dios de la paz.

Por primera vez, desde la independencia, Juárez ha concluido con la guerra civil, le ha cortado la cabeza y hecho girones su bandera. Ya no existe más que el partido nacional. Como nuevo Octavio ha colocado los cien cerrojos á las puertas del templo del dios Jano. ¡Que este dios, que tiene dos caras, en señal de que conoce el pasado y prevee el porvenir, haga que la paz sea Octaviana, y que los instrumentos de Marte jamás vuelvan á abrir su templo!

Las generaciones venideras hallarán una vía luminosa y cubierta de gloria para regir los destinos de la patria.

Ya no tienen qué temer una nueva conquista. El mundo nos ha conocido bien: ahora demasiado se ocupa de nosotros, admirando las severas lecciones que México ha enseñado á los tiranos, durante el espacio de cinco años, desde la primera que dió el 5 de Mayo de 1862, hasta la última del 19 de Junio de 1867.»

Después la Srita. Rita Cetina Gutiérrez, leyó esta composición poética:

«Noche sublime de inmortal recuerdo,
Yo te aclamo con alma enardecida
Y entre la voz del pueblo confundida
También se escuchará mi débil voz.
Hoy que do quiera con placer difunde
Su llama ardiente el entusiasmo santo,

Alzo también de patriotismo un canto
Consagrado á la gloria y al valor.

¡Oh quince de Setiembre bendecido!
Tú haces siempre cruzar en mi memoria,
El hecho más grandioso que la historia
Con orgullo en sus páginas grabó.
Bajo el yugo despótico de un trono
Que dominaba el Viejo y Nuevo Mundo,
Abyecta siempre, cual reptil inmundo
Infeliz nuestra patria se miró.

Trescientos años de dolor y llanto,
De eterno padecer, de desventura,
Hasta la última gota de amargura
Apuró de la copa del dolor.
Mas ya pesan sobre ella las cadenas,
A su colmo ha llegado el sufrimiento,
Y anhela con placer venga el momento
De enseñar su poder al opresor.

El quince de Setiembre, allá en Dolores,
El inmortal Hidalgo, noble anciano,
Se presenta ante el pueblo mexicano
Y entusiasta le grita: «Libertad.»
Libertad á su voz el pueblo exclama,
Libertad nada más, Independencia,
Y dándole á la patria la existencia
Se aprestan esforzados á luchar.

Entonce el español con fiero encono
Confiado en su valor, en su pujanza,
Sobre ese pueblo sin piedad se lanza,
Que ávido espera del cañón al pie.
Llega al frente, se presenta airado,
El valor del azteca se acrecienta.....
Empréndese por fin la lid sangrienta
Y el éxito es dudoso, aún no se ve.

Y todo es confusión: solo se escucha
El grito lastimoso del herido
Que al exhalar el postrimer gemido
Con voz convulsa dice «Libertad.»
Y en medio del fragor de la pelea
Se ve rètroceder al León hispano.....
Era libre ya el pueblo mexicano,
Del tirano opresor supo triunfar.

Y en los lugares donde tanto tiempo
Tremolaba á su vez la enseña ibera,
Triunfante se fijó nuestra bandera
Al grato estruendo del tambor marcial.
Una era de ventura y bienandanza
México libre en su esplendor vislumbra,
Que ya la antorcha celestial alumbra
Un porvenir de glorias inmortal.

¡Mas ay! en vez de conservar sin mancha
El honor nacional que le encomienda,
Se entrega presto á la civil contienda

Violando de sus leyes el poder.
Y la sangre de muchos mexicanos
Corrió manchando nuestra patria amada,
Y hasta vióse del yankee mancillada,
Cuando pudo su avance contener.

Y no es esto no más: pues ya se avistan
Surcando el mar en las revueltas olas,
Un grupo de variadas banderolas
Que agita el viento con sutil vaiven.
Es una escuadra que á las playas llega
Que circuyen la perla de Occidente,
Es una turba de extranjera gente
Que admirada contemplaba nuestro Edén.

México generosa abre sus puertas,
Penetran por ahí los invasores,
Y después con infamia los traidores
Pretenden nuestra patria esclavizar.
Y cual si fuera una nación salvaje
Sin leyes, sin gobierno, sin guerreros,
Que empuñasen valientes los aceros
Y muriesen salvando su heredad;

Así ha invadido nuestros patrios lares
Confiada en su valor, en su arrogancia,
Esa chusma opresora de la Francia
Esclava del tirano Napoleón.
Un príncipe de Hapsburgo que tranquilo,
Feliz gozando en su heredad vivía,

Con regia pompa á México le envía
Y á su imperio somete á la Nación.

Mas ay, no sabe lo que ahí le espera!
No sabe lo que puede un pueblo unido,
¡Ay, príncipe infeliz, víctima ha sido
Del engaño, la intriga y el error.
El pueblo mexicano se levanta,
Recuerda su valor, su patriotismo,
Y á demostrarle viene su heroismo;
Que también otra vez fué vencedor.

Recuerda que esa tierra bendecida
Que mancillan inicuos invasores,
La sangre recibió de sus mayores,
Sangre vertida del cañón al pie.
Y alzándose á la voz de sus caudillos
Que gritan: á salvar la Independencia!
Ante el ara del Dios de su creencia
Juran todos la patria defender.

A ejemplo de Morelos y Abasolo
Que murieron salvando nuestros lares,
Se presenta á su vez el noble Juárez,
El genio colosal de la Nación.
Todos le siguen con heroico empeño,
Olvidan de la suerte los reveses,
Y empiezan á luchar con los franceses
Con esforzada y santa abnegación.

Sin tregua se suceden los combates,
Sangrientas se presentan las batallas,
Cruje el cañón y silban las metrallas.....
Y ni un momento pierden su valor.
Arrostran el cansancio, las fatigas,
Carecen de pertrechos, de sustento,
El amor de la patria es su alimento,
Su ambición derrocar al opresor.

Mas llega un día de esplendente gloria,
Un día de recuerdos inmortales,
Que grabará la historia en sus anales,
Y del mundo será la admiración.
El ínclito guerrero de la Francia
Es siempre vencedor, nunca vencido,
Al pueblo mexicano se ha rendido
Que es él en esta vez el vencedor.

Coronó la victoria sus esfuerzos,
La lucha desigual ha terminado,
El honor nacional está salvado
Y México radiante de esplendor.
Hoy ante el mundo se presenta grande,
Admirada de todas las naciones,
Que inclinan con respeto sus pendones,
Tributando un laurel al vencedor.

¡Héroes ilustres de mi patria hermosa!
Dignos hijos de Allende y Abasolo,

La fama llevará de polo á polo
Vuestro esforzado, singular valor.
Levantad con orgullo vuestras frentes,
Que los manes de Hidalgo y de Morelos,
Velando por vosotros en los cielos,
Os envían su santa bendición.

CAPITULO XXVIII.

EL 16 DE SETIEMBRE.

EL 16 de Setiembre hizo de orador oficial el Sr. Lic. Gabriel Aznar, y pronunció la oración patriótica siguiente:

> Y un día, después de cinco años de humo, de polvo y de ceguedad, la nube se ha disipado, y entonces se han visto dos imperios caidos en tierra. Nada de monarquía, nada de ejércitos; nada más que la enormidad de la usurpación en ruina, y sobre este horroroso derrumbamiento, un hombre en pie: Juárez; y al lado de ese hombre la libertad.—VICTOR HUGO.

Hidalgo inmortal! tú que alentado por tu generoso corazón y sin más apoyo que el mágico nombre de libertad, hiciste brotar allá en el modesto pueblo de Dolores la ardiente lava que arrolló hasta sus cimientos las bases del gobierno colonial!..... tú, que después de conquistar con este solo hecho la incomparable gloria de libertador de un pueblo esclavizado, viste á ese mismo pueblo solícito y ebrio de entusiasmo en derredor de tu gloriosa enseña, y guiado por ésta, marcar una carrera heróica desde